

Jared SECORD

Christian intellectuals and the Roman Empire: From Justin Martyr to Origen

The Pennsylvania State University Press, University Park 2020, 202 pp.

Christian intellectuals and the Roman Empire: From Justin Martyr to Origen aborda la biografía de cuatro «intelectuales cristianos» que se hicieron con un nombre destacado en los siglos II y III d.C. En esta obra del historiador Jared Secord, de la Universidad de Calgary (Canadá), se trata la evolución de Justino Mártir (c. 100-c. 163/167), Taciano el Sirio (c. 120-c. 180), Sexto Julio Africano (c. 160-c. 240) y Orígenes de Alejandría (c. 185-c. 253) en el contexto de la introducción, persecución y progresiva normalización del cristianismo en el Imperio romano.

Las cuatro figuras estudiadas tienen en común que se comprometieron con la cultura romana y que fueron vistas por las élites imperiales no solo como cristianas, sino sobre todo como intelectuales, tal y como se apunta ya desde la introducción del libro (pp. 1-8). Se caracterizaban, por tanto, por lo que «afirmaban saber, especialmente si

su conocimiento estaba basado en una alfabetización de alto nivel» (p. 2).

En el primer capítulo (pp. 9-45) se estudia la importancia que la historia y la herencia griega tuvieron en el desarrollo de la cultura intelectual romana. La «fascinación por el pasado» (p. 12) y su vinculación con él fueron utilizados por los intelectuales romanos, fuesen cristianos o no, para mostrarse como herederos de una reputación y una tradición cultural que les legitimaban en el presente. Por tanto, el éxito de los intelectuales cristianos estaba limitado a que se mostrasen como herederos del pasado griego en contraposición con la antigüedad bárbara.

El segundo (pp. 46-76) y tercer capítulo (pp. 77-119) están dedicados a Justino Mártir y a su discípulo Taciano respectivamente. El primero hizo grandes esfuerzos «para presentarse como filósofo e intelectual» (p. 46) y el segundo utilizó su conoci-

miento del mundo griego «en defensa del cristianismo» (p. 77). El autor pone mucho énfasis en que «la amenaza de la persecución» (p. 47) es algo que no solo caracterizó a los intelectuales cristianos, sino también a los intelectuales de esta época en general. Los esfuerzos realizados por estas figuras públicas para darse a conocer a las autoridades imperiales y cívicas los llevaron en algunos casos a convertirse en «verdaderas personalidades conocidas por los más poderosos del Imperio» (p. 54), con los riesgos que esto también conllevaba. Los intelectuales cristianos, y Justino en particular, a pesar del peligro del martirio, se enfrentaron al reto de hacerse respetar con el objetivo de que su escuela filosófica, la cristiana, no fuese presentada como una de segunda fila. Taciano fue un paso más allá y reivindicó que «muchas características atribuidas a la cultura griega en realidad eran de origen bárbaro» (pp. 78-79), haciendo frente, por tanto, a muchos de los tópicos de la época. Todas estas ideas se concretaron en su conocida apología del cristianismo, el *Discurso contra los griegos*, aparentemente contradictorio, según el autor de la obra, por los fuertes vínculos de este intelectual cristiano con la educación y cultura griegas.

El cambio cultural producido en el siglo III d.C. con el «nuevo protagonismo de los intelectuales cristianos» (p. 121) es abordado en el cuarto capítulo (pp. 120-146), con un mayor interés de las élites imperiales en el cristianismo. En realidad, de acuerdo con Jared Secord, lo que se produjo no fue tanto un cambio de actitud respecto a esta religión, sino una apertura a culturas diferentes de la griega, tal y como muestra,

de hecho, el aumento de la importancia del latín y del mundo jurídico en torno a Domitio Ulpiano. En este contexto destacan Africano y Orígenes de Alejandría, considerados «los primeros intelectuales cristianos que lograron un amplio reconocimiento de sus capacidades y conocimientos en círculos no cristianos» (p. 137). Lo cierto es que el emperador Alejandro Severo encargó a Africano la organización de una nueva biblioteca imperial en Roma y que tanto este último como Orígenes cumplieron los objetivos que un siglo antes habían se habían propuesto Justino y Taciano sin éxito.

Este libro destaca porque estudia la cuestión de los primeros intelectuales cristianos desde una perspectiva distinta, más centrada en su carácter de intelectuales que en el de cristianos, sin olvidar asuntos relacionados con el contexto histórico, con otros autores de la época y con sus obras más significativas. Tal y como se pone de manifiesto en la conclusión de la obra (pp. 147-150), entre el siglo II y el III d.C., los cristianos, después del sacrificio de generaciones precedentes, «consiguieron el reconocimiento y apoyo que habían buscado» (p. 148). Conviene no olvidar en esta reseña que el libro también cuenta con una lista de abreviaturas al inicio y unas notas a pie de página, una amplia bibliografía y un índice al final que son muy útiles para profundizar en el tema. El importante cambio cultural que se pone de manifiesto en esta obra muestra la importancia de estudiar el cristianismo en el Imperio romano no solo a partir de Constantino, sino también en los siglos anteriores.

Javier LAREQUI FONTANEDA
Universidad de Navarra